

LECTURAS TERRITORIALES.

Tres métodos y un recurso en la construcción del territorio como paisaje cultural. El caso del Norte de Traslasierra, Córdoba, Argentina.

Fernando Díaz Terreno

Universidad Nacional de Córdoba (UNC)

diazterreno@gmail.com

RESUMEN

El estudio de una extensa y postergada región del oeste cordobés, en Argentina, obligó a revisar enfoques y a definir un conjunto de procedimientos con arreglo a las particularidades del territorio. Así, la escala del espacio, la diversidad paisajística y los escasos elementos construidos -a los que se agregó, la ausencia de cartografías y documentos escritos-, fueron los principales obstáculos que el ajuste metodológico aspiraba a sortear, a los fines de cumplir con el objetivo final: la construcción de un relato del territorio, como sustento del desarrollo futuro de la región a partir de posibles futuros proyectos de paisaje cultural.

Palabras clave: territorio, patrimonio, metodología, paisaje cultural

ABSTRACT

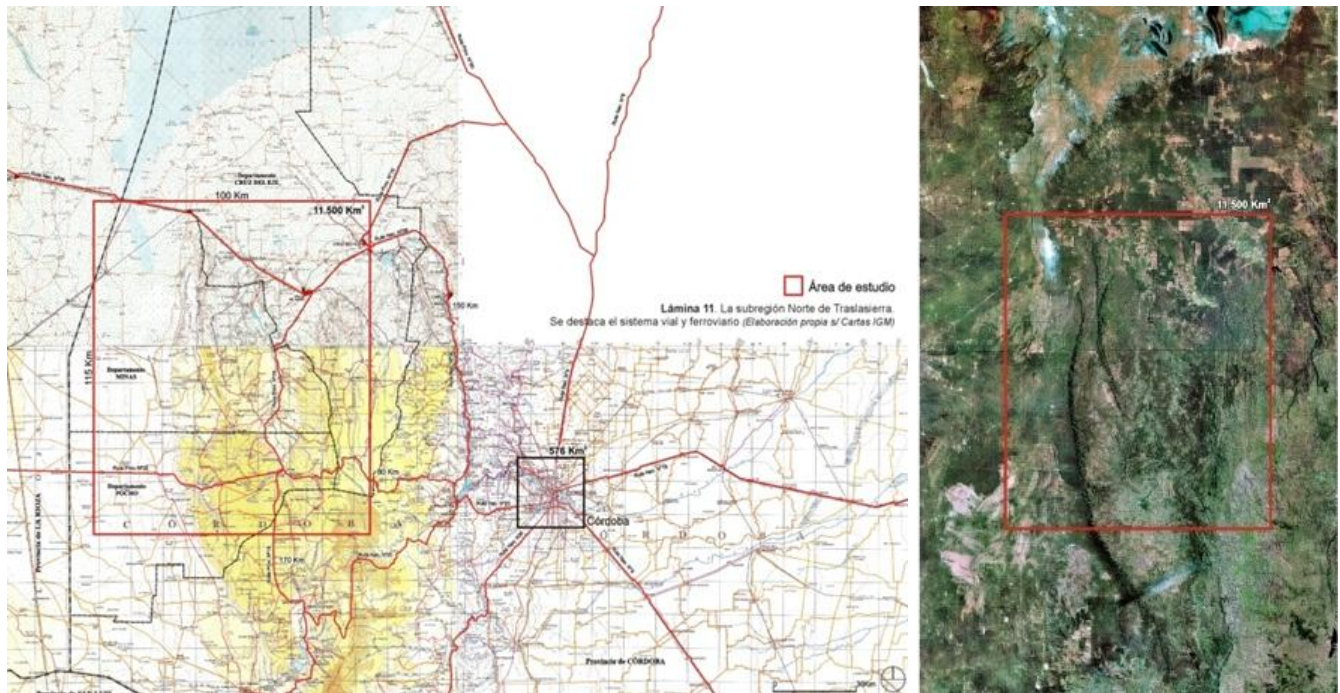
The study of an extensive and postponed region of western Cordoba in Argentina forced to review approaches and to define a set of procedures according to the particularities of the territory. Thus, the scale of the space, the landscape diversity and the few constructed elements -to which it was added, the absence of cartographies and written documents- were the main obstacles that the methodological adjustment aspired to draw, in order to comply with the final objective: the construction of a narrative of the territory, as sustenance of the future development of the region from possible future projects of cultural landscape.

Key words: territory, heritage, methodology, cultural landscape

INTRODUCCIÓN

Un conjunto de lecturas intencionadas sobre un antiguo paisaje cordobés develan las lógicas de ocupación desarrolladas a lo largo de siglos de construcción territorial, que resultan de la combinación de pautas culturales de dominio y explotación del espacio, recursos técnicos disponibles y condiciones que el medio natural impone. De dichos procesos emergen modelos de orden territorial que, como síntesis operativa del trabajo humano acumulado en el territorio, reúne -en su propia conformación material- las claves de futuros criterios de ordenación.

El Norte de Traslasierra, en la provincia de Córdoba, Argentina, es un amplio territorio de más de 12 mil kilómetros cuadrados, situado en el extremo occidental provincial detrás del complejo serrano, que alberga unos 33 mil habitantes distribuidos en un centenar de comunas y parajes (censo provincial 2008). Como área de antigua colonización, tuvo una importante gravitación en la economía local entre los siglos XVII y XIX, momento éste en que inicia una paulatina decadencia socioeconómica, al punto de constituir en la actualidad un espacio regional en crisis, con una notable postergación en términos de políticas territoriales. Su situación “traserrana” y el carácter de enclave de sus valles y montañas han sido también un obstáculo para su desarrollo; a ello se suma un tipo de base productiva ligada a la explotación ganadera extensiva con baja demanda de infraestructura material, que contribuye a configurar un cuadro de invisibilidad territorial cuyo correlato es la escasez de registros históricos y espaciales. De allí que la vastedad del espacio, los escasos elementos y la distancia entre éstos configuran un territorio singular que, a simple vista, pareciera “vacío” y próximo a la noción decimonónica de “desierto”.



Localización del área de estudio
(Cartilla IGM y NLT Landsat7)

Sin embargo, una serie de lecturas atentas, rastreos en archivos y reconocimientos in situ denotan otra realidad que contrarresta aquella primera impresión: un paisaje de modestos poblados y artefactos construidos que testimonian las diversas etapas de ocupación del territorio, las estrategias desplegadas para su explotación productiva y la supervivencia de sus habitantes, en un medio predominantemente natural que, por sus bajas dinámicas, persiste en su imagen original.

Estas cuestiones fueron desarrolladas en mi tesis doctoral, motivadas por una serie de preocupaciones teóricas y operativas que estructuraron el abordaje del aquel territorio.¹ Una de las hipótesis que definieron líneas alternas de investigación fue aquella referida a la necesidad de construir un relato territorial que integre los diversos paisajes en una narración articulada, como una operación compensatoria de la escala del espacio, las extensas distancias y la escasa densidad de huellas materiales, con el objetivo de arribar a un conocimiento profundo de la región, evidenciar sus recursos culturales y paisajísticos y, a través de ellos, resituar el área en el mapa de las regiones cordobesas.

Para ello fue necesario diseñar una serie de procedimientos ajustados a dicha realidad espacial que nos permitieran comprender pero también explicar la fenomenología del territorio y su traducción material. Nos centraremos en tres: 1) la comprensión de las complejidades espaciales a través de *escalas de aproximación*; 2) la síntesis de la construcción del territorio a partir de *capas temporales*, y 3) la configuración de *familias de elementos territoriales*. Por otra parte, el recurso dominante y más efectivo -dentro de las condiciones de producción de esta investigación- fue el mapeo, la reconstrucción cartográfica y el *redibujo* del territorio, es decir, la confección de un amplio *expediente gráfico* que recompone y sintetiza una realidad territorial y su proceso de construcción como un paisaje rural serrano específico.

Finalmente, se persiguió contribuir a la definición de criterios de ordenación del paisaje a partir, por un lado, de una revisión de los enfoques de ordenación territorial formulados en el medio europeo -caracterizado por un tipo de ruralidad con predominio de uso agrario, intensidad de ocupación y alta densidad de componentes físicos- sobre la base de lecturas ajustadas al contexto local, pero sugerentes de modelos de interpretación que posibiliten su transferencia a ámbitos equivalentes; por otro, y de manera indirecta, producir un conjunto de insumos para redefinir instrumentos de ordenación para un futuro proyecto de territorio, fundado en sus recursos culturales.



Imágenes actuales del Norte de Traslasierra
(Fotos del autor)

¹ *Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación del territorio y modelos de orden. Lecturas interpretativas de la construcción histórica del Norte de Traslasierra, Córdoba, Argentina*, Tesis doctoral dirigida por Joaquín Sabaté, leída en la Universidad Politécnica de Cataluña (Barcelona), el 27 de noviembre de 2013.

1. LOS ESTUDIOS PREVIOS Y EL ACCESO A ENFOQUES RENOVADOS DE LA PLANIFICACIÓN

Una serie de estudios regionales desarrollados en Argentina entre finales de la década del 70 y finales de la década del 80, dieron lugar a nuevas perspectivas de la planificación más atentas a la historia local, el patrimonio y las identidades regionales. Nos referimos al estudio de los “Pueblos de la Costa”, provincia de La Rioja (1979), y el de Humahuaca, provincia de Jujuy (1986). Pero el trabajo que sintetizó aquellas aproximaciones novedosas fue el la Villa de Tulumba y los poblados del Norte Cordobés (1987-1993),² que contribuyó a definir lo que en su momento se denominó *enfoque regional del patrimonio*. Tal perspectiva se centró principalmente en el descubrimiento y puesta en conocimiento de aquellos componentes físicos construidos del territorio que pudiesen reunir valores patrimoniales (poblados, caseríos, piezas arquitectónicas aisladas), a partir de tipificar, categorizar y valorizar dicho bagaje patrimonial en el contexto de su región de pertenencia, orientándose a un tipo de propuesta de estructura territorial de los recursos culturales, cuyo fin era la reorientación de desarrollos locales deprimidos.

El enfoque regional del patrimonio fue el resultado de mixturar abordajes provenientes de la planificación regional y de la valoración del patrimonio arquitectónico. Por un lado, la planificación centró su aporte en el desarrollo de los pequeños poblados de la región; por otro, las disciplinas históricas reconceptualizaron la noción de patrimonio, extendiendo su interés del monumento al tejido urbano y al conjunto de la ciudad. Finalmente, la perspectiva regional hizo posible la comprensión de conjunto, del sistema de centros urbanos emergente de procesos de ocupación comunes, vinculados entre sí por ciertas trazas de trayectos recorribles, pero también por cierto grado de homogeneidad de comportamiento según su tamaño y función (Foglia, 2005).

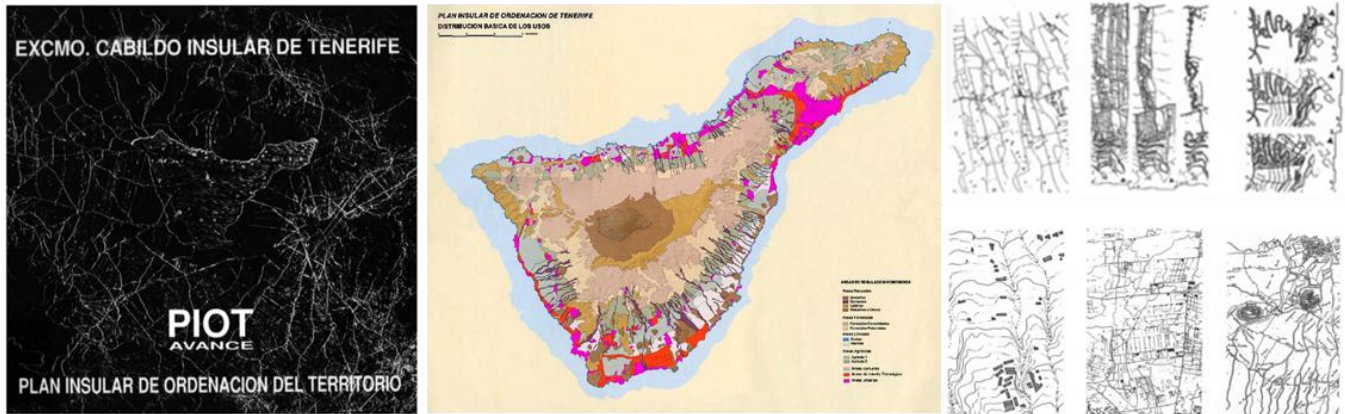
Para el Norte de Traslasierra aquellos trabajos constituyeron un punto de partida, pero a diferencia del caso Tulumba y el norte cordobés, en nuestra área de estudio prevalecía una ausencia de información general que iría a exigir un esfuerzo de asociación de datos escasos e indirectos para una narración articulada del proceso de construcción del territorio. En aquellos estudios previos de los '80, el foco aún se encontraba puesto sobre los centros urbanos y su caracterización tipológica, prevaleciendo estos aspectos sobre otros que inhibieron un reconocimiento más atento de otros componentes físicos territoriales. Todavía la forma del territorio no aparecía con la debida fuerza, es decir, como factor explicativo de las estrechas relaciones entre el soporte natural y modos de ocupación, en ese proceso dialéctico de adecuaciones mutuas entre mandatos culturales y realidad geográfica específica.



Publicaciones de los estudios del Norte cordobés y la Villa de Tulumba y de los poblados históricos del Norte de Traslasierra (Foglia y Goytia, 1993; Foglia, Goytia, Diaz Terreno et al, 1998)

² El estudio de 1979 fue realizado por un equipo de arquitectos integrado por M. E. Foglia, F. Guidi, C. Naselli y M. Waisman, con la asesoría de R. Bulgheroni, y abarcó desde la investigación hasta la implementación de un programa turístico. Fue finalmente presentado al Ministerio de Vivienda de la Nación. En 1986, parte de ese equipo efectuó el estudio sobre Preservación y desarrollo de la ciudad de Humahuaca. El trabajo sobre la Villa de Tulumba se origina en 1987, en un proyecto de la Comisión de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, implementado con el apoyo económico del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), bajo la dirección del J. E. Hardoy. El equipo local fue coordinado por M. E. Foglia y estuvo integrado por W. Schultess, I. Baigorria, S. Rossi, F. Guidi y N. Goytia. Los trabajos fueron publicados en Foglia, M. E., Goytia, 1993.

Fue el contacto con nuevos enfoques de ordenación territorial lo que contribuyó a un desplazamiento de los puntos de vista adoptados al momento, y estimuló una apuesta de otra naturaleza. La reflexión sobre el potencial que reside en las preexistencias territoriales -éstas entendidas en un sentido amplio, que excede al patrimonio urbano arquitectónico-, abrió la mirada sobre rasgos espaciales identitarios no considerados inicialmente en los estudios del Norte de Traslasierra, conduciendo a una observación más esmerada del territorio -o bien valdría decir, más *intencionada*-, para comprender sus lógicas de construcción a lo largo del tiempo y sus particularidades culturales que, en cierto modo, se encontrarían registradas en la forma del territorio.



Publicación del Plan de Tenerife, PIOT
(Sabaté y CCRS, 1994)

La hipótesis reside en que el reconocimiento de su identidad física y su construcción artificial histórica, revelaría valores estructurales y formas de ocupación del suelo que incidirían directamente en la comprensión de las sucesivas operaciones constructivas y elementos de ordenación y regulación a utilizar (Sabaté y CCRS, 1994).

En ello se centra el denominado *proyecto territorial*, un tipo de aproximación que valoriza la dimensión física del territorio en clave proyectual, tendiente a establecer criterios y métodos de intervención. Este enfoque desdibuja los límites entre los estudios urbanísticos y el proyecto, ya que otorga a la *descripción* y análisis del territorio atributos intrínsecamente propositivos. Así, los criterios e instrumentos de transformación territorial como los métodos de intervención serían posibles de descubrir de manera embrionaria desde las primeras lecturas del territorio y de un reconocimiento que pone en relieve su vocación y las claves de su reposición.

Ello abre la posibilidad de dos disquisiciones. Por un lado, la observación de la forma -en tanto morfología- y su descripción conduce a una noción del territorio como una figura con *valores estéticos*, idea que es remontable a la discusión que planteaba Gregotti y la Tendenza italiana en la década del 60 acerca de la necesidad de una *descripción* de la forma del territorio desde la arquitectura como disciplina. En esta lógica, el territorio -y la ciudad como una de sus expresiones particulares- resultaría de una “voluntad proyectual” que sintetizaría la acción del hombre a lo largo del tiempo. Por otro lado, la *descripción* como método no es nueva en la aproximación al territorio. La geografía moderna y algunos de sus principales exponentes (Vidal de La Blache, Brunhes y, más próximo en el tiempo, Claval) entienden el paisaje como la combinación de sus formas visibles con sus cualidades y significados, indicando el carácter integral de aquellas dos dimensiones clásicas que requieren ser explicadas y comprendidas: la naturaleza y la cultura, lo objetivable y lo subjetivo. Detrás de esta doble perspectiva del paisaje se encontraría el proceso que va de la descripción a la interpretación.³

Estas discusiones han cobrado renovado impulso en las últimas décadas, especialmente desde los ámbitos de la geografía, la historia y la arquitectura, en donde la noción de paisaje actúa como salvoconducto para repensar las relaciones entre los artefactos humanos y la naturaleza. Estas aproximaciones, asociadas a una

³ El paso de la descripción a la interpretación está presente en aproximaciones ya esbozadas por Paul Vidal de La Blache en su *Tableau de la géographie de la France* (1903), o en las preocupaciones de Jean Brunhes por el resultado material y visible de las transformaciones humanas sobre la superficie terrestre, plasmadas en *La géographie humaine* (1910). También, en la segunda mitad del siglo XX, en Paul Claval, cuando la denominada *nueva geografía* reclama una atención más centrada en el hombre y la sociedad.

consideración más amplia del bagaje patrimonial del territorio, invitan a entender el paisaje no sólo como resultado cristalizado de un pasado, sino como producto inacabado y en evolución permanente.

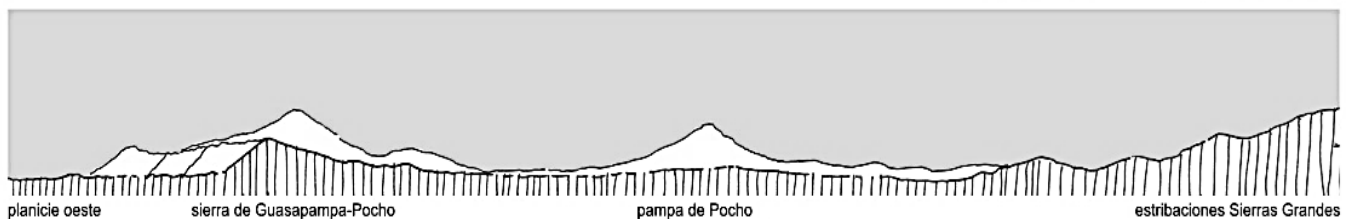
La noción de *paisaje cultural* se suma así a la del *proyecto territorial*. Sobre la base de nociones y metodologías coincidentes con las del *enfoque regional del patrimonio*, pero sostenido en una concepción del patrimonio más abarcativa, este nuevo abordaje del planeamiento reclama la atención sobre los recursos culturales como punto de partida de un tipo de ordenación urbana y territorial. En diversos artículos, Sabaté explica la génesis de este concepto: desde aquellos primeros investigadores que, como Carl Sauer, acuñaron el término "paisaje cultural", hasta la misma evolución de la idea de patrimonio, del monumento al parque patrimonial. Una breve pero concreta definición de paisaje cultural sería la que propone el mismo Sauer: es el resultado de la acción de un grupo social sobre un paisaje natural.⁴

Entre "la identidad del territorio como su propia alternativa" y "la forma del territorio como criterio de ordenación", la noción de paisaje cultural establece un *punte* que va desde la descripción a la proposición, suturando estrategias de desarrollo local y planificación urbana, conduciendo a la gestión del patrimonio y a la definición de sus propios instrumentos. El reconocimiento del patrimonio de un área y su puesta en valor exige identificar los recursos más relevantes, jerarquizarlos y contextualizarlos alrededor de una historia o relato, para definir luego una estructura territorial que los vincule entre sí y con equipamientos de apoyatura (centros de visitantes, museos, paradores, hospedajes y otros servicios), de modo que finalmente se puedan establecer pautas de ordenación del territorio a partir de la gestión de dichos recursos. El objetivo es contribuir al impulso del desarrollo económico de un área sobre la base de la atracción de visitantes e inversiones, el incentivo de nuevas actividades y la creación de fuentes de trabajo; pero, además, se trata de concientizar a la población local del valor de su propio patrimonio reforzando así la autoestima de la comunidad (Sabaté, 2008).

Si bien no todo proyecto territorial deba necesariamente trabajar con la noción de paisaje cultural, hoy resulta indiscutible el aporte de este enfoque, sobre todo, cuando el futuro de una región se asienta, en gran medida, en la preservación de su patrimonio. En definitiva, se trata de dos aproximaciones que han ido elaborando su propia base disciplinar, definiendo un corpus de variables específicas y recorridos metodológicos propios, apoyadas en cada vez más experiencias y aplicaciones. Y un hilo conductor las atraviesa: el énfasis en la dimensión física del territorio y la vocación por el proyecto.

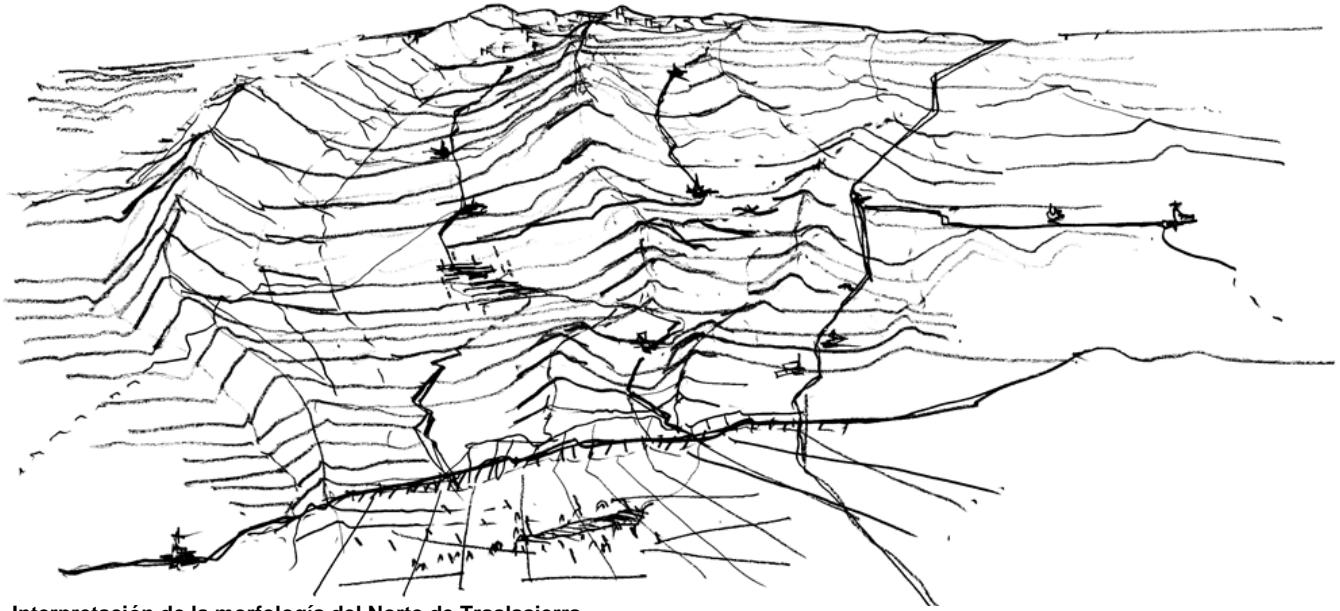
2. LA ESCALA DEL TERRITORIO AMERICANO, DIVERSIDAD PAISAJÍSTICA Y RELATO TERRITORIAL

¿Cómo ha incidido el acceso a estos enfoques en el estudio de los procesos de construcción del Norte de Traslasierra, de las lógicas que en ellos operaron y de los modelos que resultaron? La reflexión acerca de la identidad de ciertos espacios y sus atributos despertó el interés en la escala del territorio, su condición marginal geográfica y las consecuencias de ello respecto de su ocupación y dominio. Prestamos mayor atención a la alternancia de los valles y cordones serranos como estructura del soporte natural; también, al papel diferenciado en la intensidad de ocupación entre valles, pampas altas y planicies. Observamos las trazas y sus esfuerzos, en un caso, por atravesar las sierras a los fines de vincular porciones aisladas de territorio; en otros, en un sentido opuesto, por rodear los macizos montañosos y evitar adentrarse al interior de los valles.



Perfil transversal oeste-este de la Pampa de Pocho
(Elaboración propia)

⁴ Carl Sauer (1889–1975) introduce en Estados Unidos, a partir de 1925, vertientes de la geografía alemana que contemplan el paradigma de la "morfología del paisaje" o geografía cultural. Asimismo, desarrolla la noción de *paisaje cultural* y una metodología para explicar la manera en que los paisajes culturales son creados a partir de formas superpuestas al paisaje natural, destacando el rol que juega el hombre en este proceso.

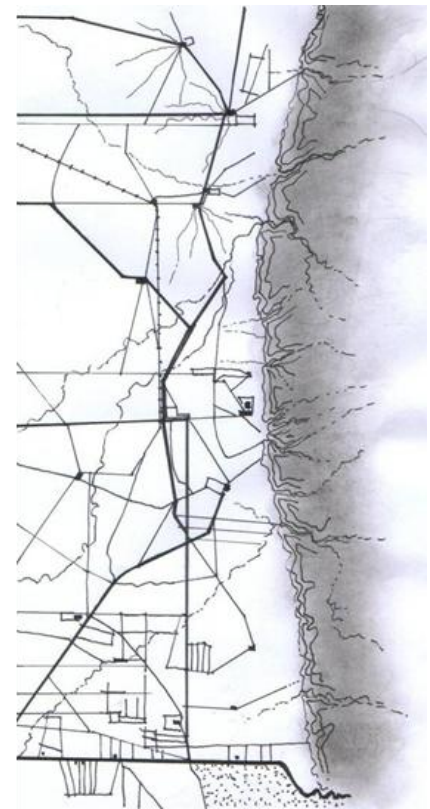
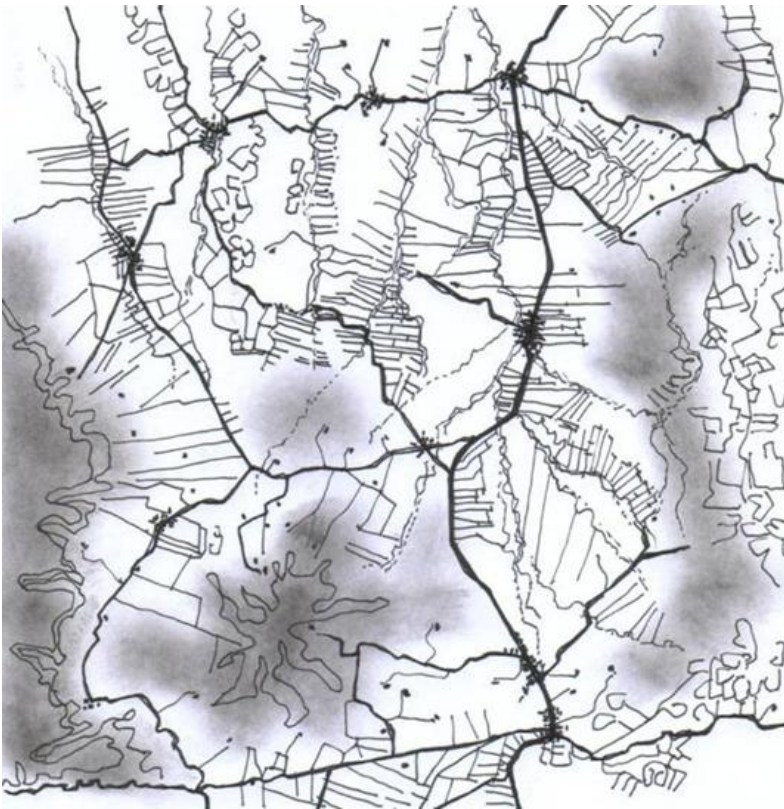


Interpretación de la morfología del Norte de Traslasierra
(Elaboración propia)

Comenzamos a entender la peculiaridad de un espacio rural, en gran medida no agrario, sin muchas más alternativas que un destino de explotación ganadera, y a corroborar que no estábamos frente a un territorio densamente trabajado por la acción humana, sino por el contrario, lejos de una mirada romántica, la naturaleza se nos revelaba como un problema donde la idea de obstáculo y marginalidad geográfica constituían, de hecho, parte de las condiciones objetivas del paisaje. Frente a estas evidencias, dimos lugar a la duda respecto de la validez de la idea de “voluntad proyectual”, por tratarse de un ámbito donde las acciones humanas se atomizan en pequeños asentamientos aislados y en contados vestigios físicos entre unos y otros. Así, fue definiéndose la hipótesis de que la combinación entre gran escala y marginalidad geográfica favorecía formas acotadas de ocupación del territorio, pero que expresaban estrategias de adecuación entre las imposiciones naturales y las necesidades humanas de asentamiento y trabajo. En ese marco, interpretamos que aquellos artefactos reducidos y dispersos en la geografía constituían un patrón que denotaba cierta coherencia en la organización, tanto interna como con relación a un contexto territorial mayor y a las lógicas de construcción del paisaje traserrano, tomando fuerza ideas como las de *ínsula* construida, *oasis* productivo y, globalmente, la de *constelación rural*, es decir, un sistema constituido por elementos aislados, pero vinculados -a veces débilmente- entre sí, donde cada pieza cumple un rol respecto de las otras y para el territorio en conjunto.



El poblado de La Higuera, entre el Valle de Salsacate y el Valle de Soto
(Foto del autor)



Tipos de constelaciones rurales: en los valles interiores y en la planicie oeste
(Elaboración propia a partir de Carta topográfica IGM, 1972, 1998)

Asimismo, tomando como referencia una noción de paisaje cultural más operativa, que lo define como un “ámbito geográfico asociado a un evento, a una actividad o a un personaje históricos, que contiene valores estéticos y culturales” (Sabaté, 2006:331), filtramos las nuevas miradas sobre la subregión Norte de Traslasierra para encontrar un abanico de insumos de paisajes culturales posibles, pese a contar con “eventos” difusos, numerosas “actividades” de relativa relevancia y “personajes” más bien anónimos. Sin embargo, la propia indagación histórica nos fue revelando cómo unos pocos relatos dan unidad a este vasto territorio: aquellos estructurados en torno a la base productiva tradicional que, como común denominador, atraviesa tiempos y espacios diversos. Por un lado, siglos de conformación territorial y, por otro, sierras, pampas, valles y planicies constituyeron los escenarios de las antiguas estancias mulares, las rutas y paradores de mercaderías, de los espacios domésticos del telar y de los metales ocultos en las profundidades rocosas. En otros términos, fuimos reconstruyendo la huella del criollo, el mercader, la tejedora y el minero. La hipótesis, entonces, acerca de la *cuestión productiva* anclada en la historia territorial, como clave para repensar el futuro del espacio traserrano, se convirtió en un aporte sustancial para la comprensión del Norte de Traslasierra como un paisaje cultural (Díaz Terreno, 2013).

Sin embargo, condicionados por la escala del espacio traserrano y la escasa presencia de huellas humanas, y cercados por las dificultades de establecer un relato territorial sostenido por una cierta densidad de vestigios culturales, comenzamos a entender la necesidad de una narración potente que sintetice la historia del territorio, que incorpore decididamente el patrimonio natural, y estructure aquello que la geografía extensa, las distancias entre las *islas* humanas y las vinculaciones precarias dificultan: una comprensión global y coherente de que se está ante un territorio que alberga múltiples paisajes geográficos y humanos, unidos por un derrotero común. De esta manera fueron emergiendo la escala, la diversidad paisajística y el relato como los temas centrales que obligaron a repensar abordajes y estrategias.

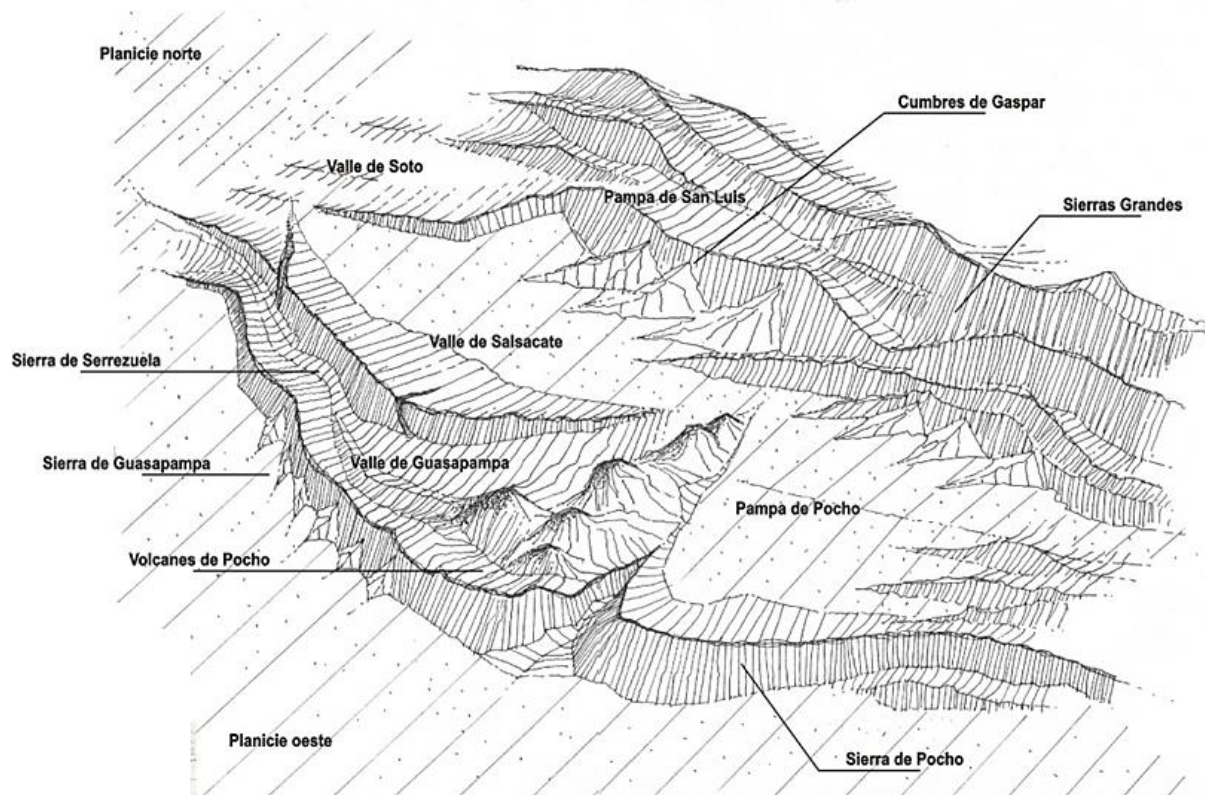
- *Con relación a la escala*, las experiencias de aplicación de los enfoques mencionados (proyecto territorial, paisaje cultural) se corresponden en general con el paisaje europeo, cuya diferencia sustancial respecto del espacio americano reside en la escala, tipo de transformación, antigüedad de sus elementos, intensidad de

los procesos que lo conformaron y en la densidad de las huellas materiales resultantes. El Norte de Traslasierra, con sus 12 mil kilómetros cuadrados y sus 33 mil habitantes, equivale al 7 por ciento de la superficie de la provincia de Córdoba acogiendo, sin embargo, el 1,06 por ciento de su población. En el área entran veinte veces la superficie comprendida por el ejido urbano de Córdoba, y unas sesenta veces la ciudad de Buenos Aires. Respecto de otras geografías, equivale a más de un tercio del territorio de Cataluña y podría comprender una vez y media la superficie de la provincia de Barcelona. En un recorrido de norte y sur -unos cien kilómetros- se atraviesan tres departamentos, dos valles, una pampa de altura y un tramo de cordón volcánico, registrándose solo cuatro poblados pequeños que en total no llegan a concentrar 6 mil habitantes. En este contexto de baja densidad de elementos, las pequeñas huellas de la obra humana adquieren gran relevancia (trazas de caminos, oasis agrícolas, poblado, caserío, puestos productivos aislados, infraestructura minera, estaciones de ferrocarril, acequias, estanques, corrales, artefactos varios, etc.), aunque que quedan reducida a una mínima expresión frente a la abrumadora presencia de lo natural. Estas dos dimensiones del paisaje, vastedad del entorno natural y huellas humanas atomizadas, muestran una relación estrecha pero desapareja, que sugiere la idea de una “conquista” del territorio *incompleta*. La incidencia de la escala, la topografía y, en ciertas áreas, los rigores del clima, han sido decisivos en este resultado. Lo natural se impone, y el hecho cultural, entonces, resulta un acontecimiento singular.



Vistas panorámicas. Arriba, los volcanes de Pocho; abajo, el Valle de La Argentina
(Fotos del autor)

- *Con relación a la diversidad paisajística*, es una condición que exige contemplar porciones amplias de territorio para su mejor comprensión. A diferencia de la *pampa gringa* -donde la vastedad se presenta como un paisaje abierto, con amplias visuales y una línea de horizonte definida, susceptible de ser recorrido en trayectos rectilíneos donde se suceden *idénticos* elementos-, el paisaje serrano no se configura tan claramente por unidades de repetición, y los ritmos de las piezas son variables. En su interior alberga una diversidad de ambientes propios de los diferentes estratos naturales, altitudes y relieves, que configuran *los* paisajes serranos: la montaña y sus recortes, la secuencia de los valles, el corte abrupto, la superficie ondulada, el valle abierto o encerrado entre cordones, la planicie alta o baja (como desierto de piedra o sedimento arenoso), el oasis agrícola, la extensión ganadera, las visuales amplias y lejanas y las contenidas o enmarcadas por la sierra, el sembradío, el bosque, el volcán, el pantano y la roca expuesta. En definitiva, el *abra* y el refugio y su continua alternancia.



Arriba, gráfico esquemático de la morfología del Norte de Traslasierra y sus unidades paisajísticas.
 Abajo, la diversidad de paisajes del área: sierras, piedemontes, pampas de altura, valles, planicies o llanos
 (Fotos del autor)

- *Con relación al relato territorial*, nos referimos a un tipo de relato histórico y sus derivaciones, es decir, la construcción de causalidades, sucesos y protagonistas referenciados en el tiempo y en el espacio. La historia -en todas sus formas- pertenece al campo de lo narrativo, donde “la intriga debe entenderse como una operación de conocimiento (...) que plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, en su realidad borrada, a partir del cruce de sus huellas accesibles” (Chartier, 2005:75). En otro sentido, nuestro objetivo es narrar, en diversos registros, la construcción del territorio Norte de Traslasierra, como parte de una operación para visibilizar aquello largamente ignorado, cuya evidencia es la ausencia de registros históricos y espaciales.⁵ En este contexto, la narración del territorio juega un papel clave: posibilitar una comprensión que la escala, lo inconmensurable y los escasos vestigios materiales dificultan. El relato constituye una hipótesis en sí misma, cuya plausibilidad dependerá de su contrastación con la evidencia disponible.

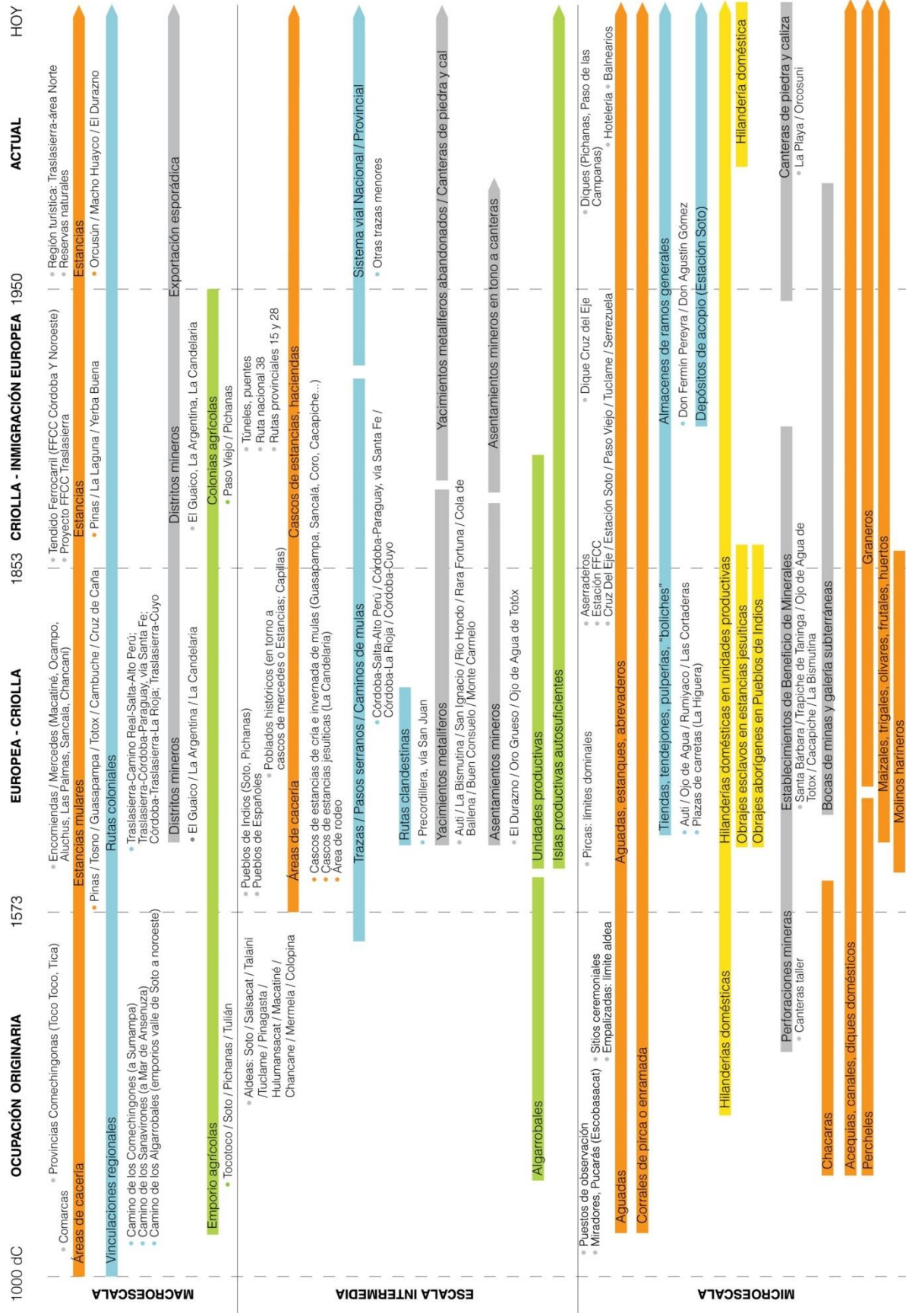


Registro de diferentes tipos de vestigios materiales: caseríos, capillas, infraestructura ferroviaria
(Croquis del autor)

Estos argumentos obligan a repensar nuevas categorías de análisis y un reencuadre de los métodos, en definitiva, una adecuación de los enfoques desde las especificidades espaciales locales, en este caso, los espacios serranos. Si a priori se acuerda en que densidad, diversidad y dinámica son tres características que hacen a lo urbano, buena parte de los territorios americanos son, entonces, no urbano, rurales o bien predominantemente naturales. Esta realidad, sumada a la gran escala y la escasez de vestigios, relativiza la noción de *paisaje cultural* y obliga a ampliar las áreas de observación y proposición para abarcar los suficientes elementos como para explicar una historia territorial, relegando la observación de lo pequeño ante la necesidad de una comprensión más estructural del territorio.

Respecto de la diversidad de la geografía serrana, ésta nos habla de un “paisaje de paisajes” que, además, se encuentra poco alterado y conserva, en gran medida, sus atributos originales. Su comprensión nunca es directa, mucho menos genérica, y varía según la posición del observador. Los cordones montañosos muestran naturalezas morfológicas diversas, constituyen límites físicos y visuales, a la vez que son franqueables en sus pasos serranos o en sus caídas abruptas. Primeros y segundos planos se suceden; las diferentes alturas ofrecen opciones visuales múltiples -desde el llano, el fondo del valle o los miradores naturales- desde donde es posible percibir amplias porciones de paisaje, pero que no dejan de constituir *parcialidades* dado que la *totalidad* es inapreciable. La línea de horizonte también varía según la altura del punto de vista, la topografía o la posición del observador. En un recorrido transversal a los cordones, un paisaje le sigue a otro; en trayectos paralelos a la línea de montaña, el acompañamiento de la sierra es permanente, con variaciones en su altura y cortes que anuncian el paso a otro valle.

⁵ La historiografía referida al Norte de Traslasierra es limitada y parcial, y las historias de pueblos realizadas por autores locales son del orden de lo doméstico; algunos estudios económicos, constituyen las únicas fuentes a las que recurrir. Las reconstrucciones históricas de regiones vecinas brindan pistas indirectas, sea por los procesos generales compartidos o por contraposición a ellos. Asimismo, la cartografía es escasa y desactualizada y, por porciones, incluso inexistente. Las imágenes satelitales del área, provistas por *Google Earth*, carecen de una definición adecuada. Entre otros factores, aquello expresa el reducido significado económico de esta área en el contexto provincial y el desinterés consecuente por su realidad física.



Síntesis de las actividades productivas del Norte de Traslasierra y huellas territoriales materiales
(Elaboración propia)

■ ganadería
 ■ agricultura
 ■ minería
 ■ comercio mercantil
 ■ producción de textiles

En este marco, la narración del territorio adquiere un valor restituyente, puesto que, como se mencionó, la escala, la diversidad de paisajes y la baja densidad de elementos cuestionan cualquier historia del territorio que pretenda apoyarse en sus huellas materiales. Entonces, ¿cuáles son las evidencias que persisten de los siglos en que el área constituyó una “fábrica de mulas”? ¿Cuán reconocibles son hoy los numerosos yacimientos mineros? ¿Qué sobrevive de la industria del *poncho* y la manta? ¿Cómo persuadimos de que estas precarias trazas encausaron excursiones aborígenes, expediciones colonizadoras, arrieros, mercaderes y caudillos? Si se espera una respuesta del orden de lo cuantitativo o de lo singular muy probablemente nos decepcionemos. Estamos frente a una ruralidad modesta en términos materiales, precisamente porque el tipo de construcción territorial requirió de escasas y rudimentarias obras que viabilizaran, acompañaran o constituyeran el escenario de los sucesos y las vidas transcurridos en estas geografías. La narración establece, pues, un camino que reconstituye dicho pasado a partir de los rastros redescubiertos, y los reordena para su comprensión desde el presente. El relato une lo que la distancia separa, pone en relación lo que la topografía aísla, integra lo que la extensión dispersa, abre caminos donde las trazas se pierden y entreteje las particularidades de los distintos paisajes en una trama que no es necesariamente unitaria, aunque sí coherente y representativa de las múltiples voluntades que construyeron el espacio traserrano. Allí reside el rol ampliado que tiene el relato en la gran escala del territorio: contra la materia efímera, la invisibilidad y el desinterés su valor es performativo, puesto que en su propia elaboración *crea* y *sitúa* los espacios, los hombres y las cosas.

3. EL EJERCICIO INTERPRETATIVO: TRES MÉTODOS Y UN RECURSO

Las lógicas de ocupación de un territorio y los modelos de orden resultantes implican procesos extensos en el tiempo cuyas condiciones de desarrollo no son siempre evidentes a simple vista, sino que requieren de un esfuerzo interpretativo, para explicar la construcción histórica del territorio y su expresión material. Esta labor supuso el recorte de una realidad territorial que por obviedad es más compleja, pero su entendimiento demandó una selección de aquellos elementos que resultarían explicativos de la especificidad del paisaje analizado. Se trató de una operación de desmontaje del paisaje en sus diversos componentes territoriales y sus relaciones, para recomponer, a posteriori, una comprensión global que ilustre sintéticamente el tipo de ruralidad serrana del Norte de Traslasierra.

Cabe aclarar que la interpretación no fue concebida aquí como un medio para arribar a un conjunto de abstracciones o crear suerte de analogías poco ceñidas al territorio analizado y al conjunto de datos que le dio origen. Por el contrario, se trabajó en el convencimiento de que interpretar es poner en evidencia las cosas a partir de una descripción lo más profunda posible, valorativa y pertinente a su contexto de producción, sin crear realidades paralelas. En palabras de Sontag, “la interpretación no es (...) un gesto de la mente situado en algún dominio intemporal de las capacidades humanas”, sino que debe ser “valuada dentro de la concepción histórica de la conciencia humana” (2005:30).

Las lecturas interpretativas del territorio se instrumentaron, entonces, mediante el recurso gráfico, sea como reconstrucciones cartográficas o como registros en croquis y fotografías, derivados de los relevamientos de campo y de la interpretación gráfica de documentos escritos. Dibujar y *redibujar* fueron operaciones indispensables no sólo para un conocimiento profundo del área, sino también como un medio que habilita otras formas de narración, así como las pruebas que acreditan su veracidad. Pero también, constituyen un recurso que puede generar nuevo conocimiento sobre el objeto abordado, refutar o corroborar hipótesis, abrir nuevas líneas de investigación y ampliar el universo de información disponible. Asimismo, la representación fue fundamental frente a la escasez de documentación cartográfica, tanto histórica como contemporánea, convirtiéndose así en una importante herramienta de descripción. Una parte no menor de la investigación implicó la construcción de mapas para espacializar numerosa información nunca cartografiada, a través de asociar entre sí crónicas antiguas, datos de censos, sesiones dominiales, relatos de viajeros, informes económicos, artículos periodísticos, toponimias, contrastando ese conjunto de indicios con la cartografía disponible y los relevamientos de campo efectuados.⁶

⁶ Este tipo de relevamientos territoriales, especie de “epopeyas técnicas”, son comentados como tal en Sabaté, Pesoa Marcilla, Novick (2016), donde se reseñan diversas tesis y estudios en los que el dibujo cumple un rol central.

En otro orden, es interesante lo que comenta Maderuelo (2008) acerca de las formas diferenciadas en que el cartógrafo (la observación vertical) y el pintor (el punto de vista del sujeto) intentan representar el mundo con fidelidad.⁷ Una y otra forma de representación son necesarias puesto que cumplen cometidos distintos pero complementarios y, en ese sentido, recurrimos a la primera por su capacidad de ofrecer un orden de los espacios y sus elementos, pero incorporamos el croquis, la vista topográfica y el corte para dar cuenta de una idea más *real* del territorio (como en los mapas antiguos que incorporan el dibujo realista ante el reclamo de mayor sensación de realidad). Así, de lo más abstracto a lo más tangible, el dibujo nos reencuentra con la dimensión física del espacio y las formas en que el habitante lo construye y lo experimenta.

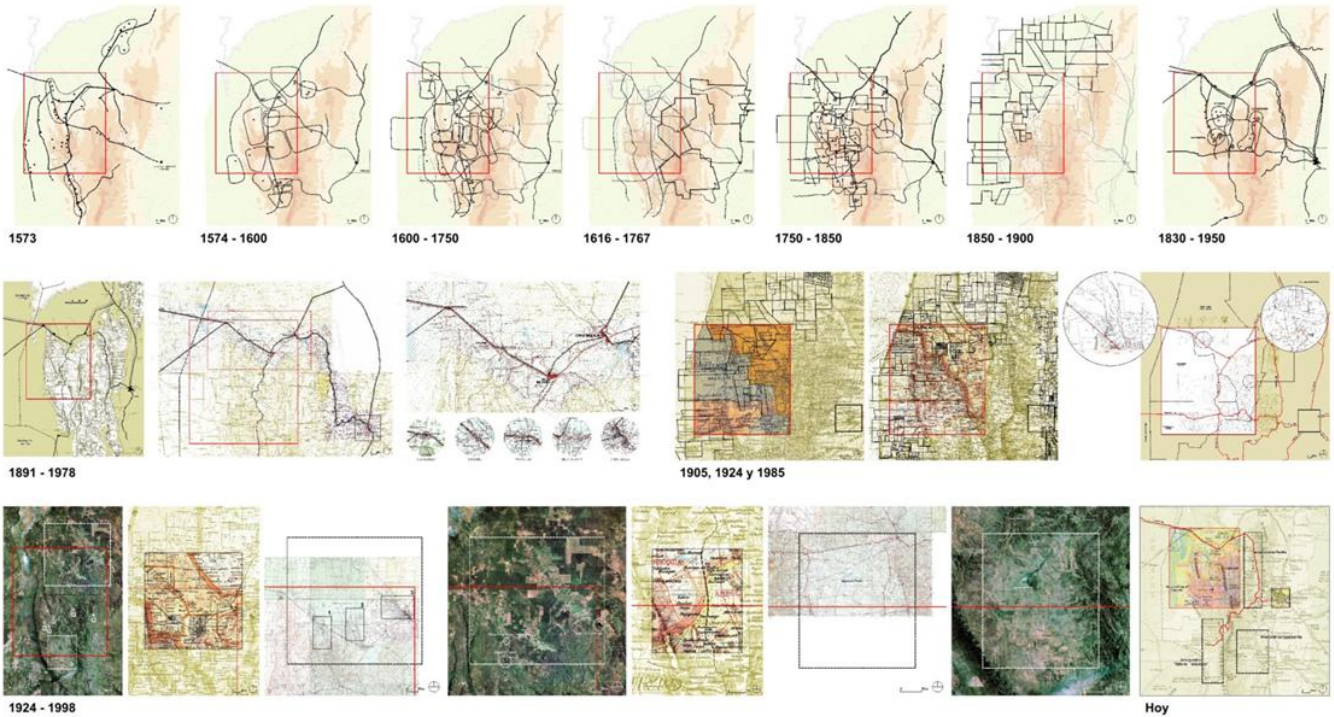
Como se mencionó, la vastedad del espacio y dispersión de componentes, así como la diversidad de paisajes contenidos en el área, demandaron una serie de herramientas metodológicas que encausaron las lecturas interpretativas y facilitaron la comprensión de las complejidades espaciales. Principalmente tres: las *escalas de aproximación*, las *capas temporales* y las *familias de elementos territoriales*. Las escalas de aproximación constituyen un método cuya variabilidad irá a depender del objeto de análisis, cubriendo un arco que se extiende desde los procesos generales de ocupación y dominio del espacio, hasta las consecuencias materiales “menores” de aquellos procesos. Ordenar este vaivén de acercamientos y distanciamientos nos llevó a establecer tres escalas como recortes de la realidad espacial:

- Una *macroescala*, a través de la cual se registraron las avanzadas territoriales, las transformaciones espaciales consecuentes, con énfasis en las limitaciones y potencialidades del territorio traserrano, su organización general interna y las vinculaciones interregionales.
- Una *escala intermedia*, en la que nos centramos en dos componentes principales de la estructura territorial: los entramados conectivos y los asentamientos urbano-rurales, para su tipificación y el análisis de la incidencia del medio natural en sus configuraciones.
- Una *microescala*, en la que abordamos el registro de componentes territoriales menores: los núcleos productivos ganaderos, agrícolas y mineros, y las subdivisiones rurales, catastrales y de orden operativo, también para su análisis con relación al soporte natural del territorio.

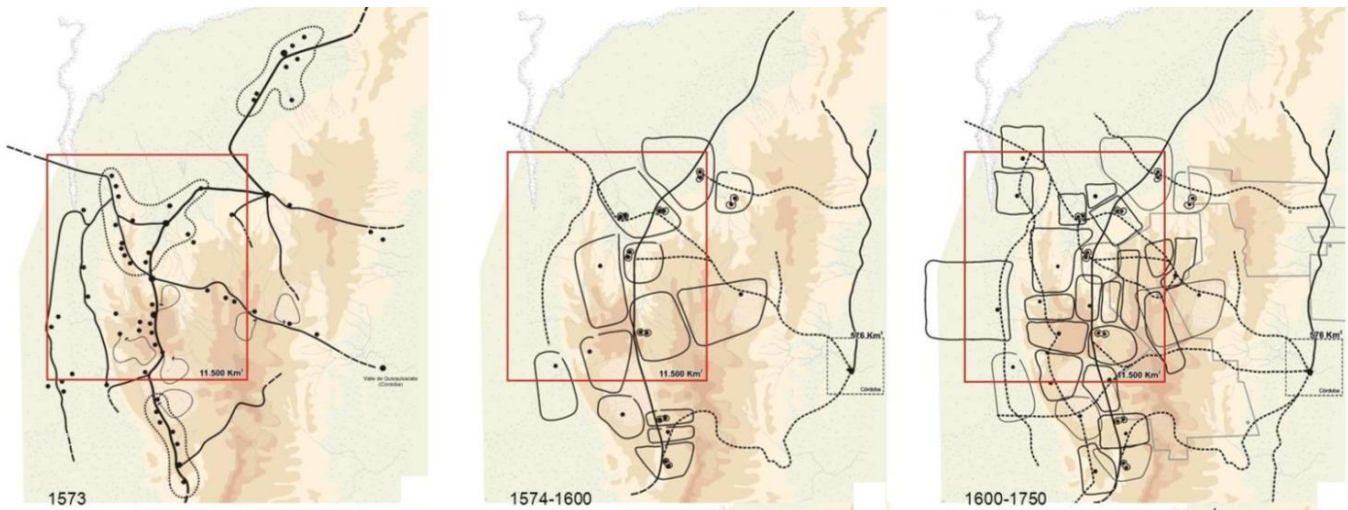
Dichas escalas no son independientes unas de otras; por el contrario, la comprensión de la dimensión territorial siempre es multiescalar, puesto que demanda diversas aproximaciones que capturen porciones específicas, según lo que se pretenda estudiar. Pero también es transescalar, ya que cada aproximación no es autónoma de las otras, sino que, además de mostrar un recorte territorial, contiene elementos explicativos de los otros recortes. Las escalas se encuentran atravesadas por esta continuidad de lecturas, permitiendo comprensiones de un “mismo” elemento a partir de diferentes niveles de complejidad. Así, entre las tres escalas se establecen relaciones fluidas: la intermedia y la micro dan cuenta de las expresiones materiales -indicios, vestigios, huellas físicas- y la macroescala, de los procesos que le dieron origen.

Por ello, la denominada macroescala constituye una síntesis de las lógicas de ocupación del territorio, una suerte de *metarrelato* del Norte de Traslasierra, construido a partir de una serie de *capas temporales*, a modo de sucesivos episodios clave, plasmados en los siguientes registros gráficos: 1) 1573. Radiografía territorial a la llegada europea: la preeminencia de los valles; 2) 1574-1600. Mercedes y encomiendas: la reconcentración poblacional; 3) 1600 -1750. De la merced a la estancia: la lenta construcción del territorio ganadero; 4) 1616-1767. Concentración de dominios: las estancias jesuíticas, motor de la economía regional; 5) 1750-1850. Continuidad del paisaje de estancias; 6) 1830-1950. Auge de la minería; 7) 1891-1978. Camino de hierro: el Ferrocarril Argentino del Norte; 8) 1905, 1924 y 1985. Persistencia de grandes dominios; 9) 1924-1998. Conformación del territorio agrícola; 10) El territorio actual: la continuidad del carácter marginal.

⁷ Para Maderuelo, el cartógrafo observa “desde arriba”, “desde un mundo hipotético y matemático, sirviéndose de las convenciones gráficas (...), en unas imágenes carentes de sujeto”. Por su parte, “los pintores, más preocupados por la narración de ‘historias’ que por la geografía (...) adoptarán el punto de vista del sujeto” (2008:71). Para Corboz “el mapa se revela como un útil demiúrgico: restituye la mirada vertical de los dioses y su ubicuidad” (2004:31).

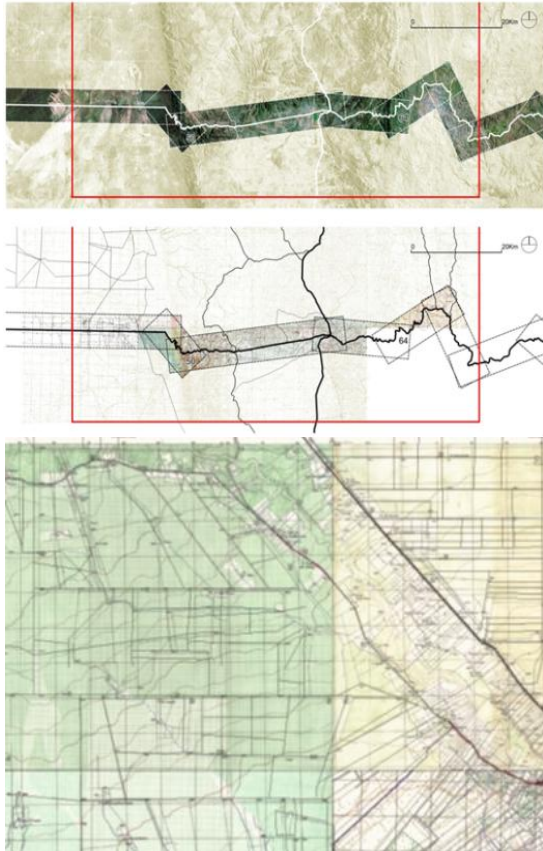


Macroescala. Secuencia de capas temporales que sintetizan la construcción del territorio
 (Elaboración propia a partir de documentos y cartografías varias, Cartas IGM y AAVV)



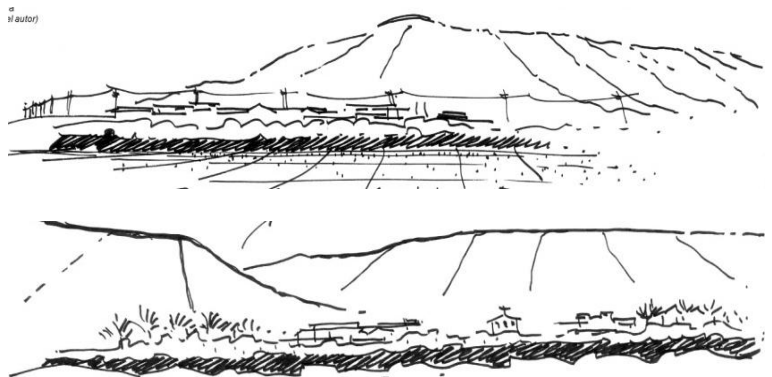
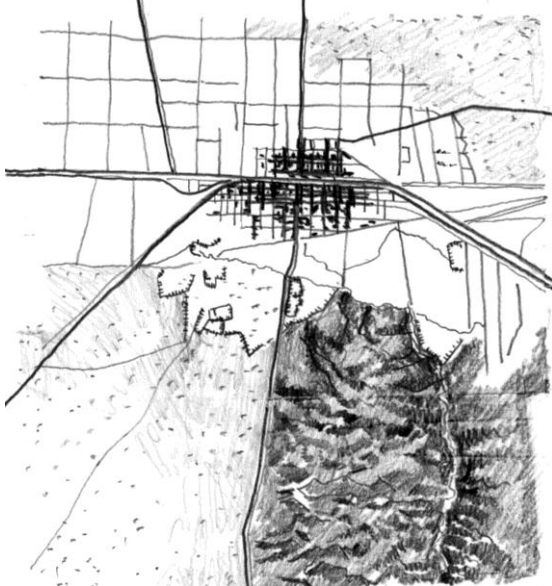
Macroescala. Ejemplos de capas temporales. La ocupación del territorio con relación al medio natural
 (Elaboración propia)

El método de capas no es nuevo en la disciplina urbanística. Consiste en trabajar con los estratos del territorio, tanto para su reconocimiento como para su proyectación. Su utilidad didáctica es comprensible a partir a los trabajos de McHarg, en la década del 60, en este caso, para evaluar capacidad ecológica de un territorio para absorber usos urbanos e infraestructuras. En nuestra investigación se trata de capas temporales que introducen una cualidad narrativa, puesto que cada una traduce una dimensión temporal del espacio observado, cristalizando un momento de la construcción territorial, cuya secuencia permite observar el despliegue los procesos involucrados, y su superposición, las continuidades y rupturas en dichos procesos a lo largo de más de cuatro siglos.



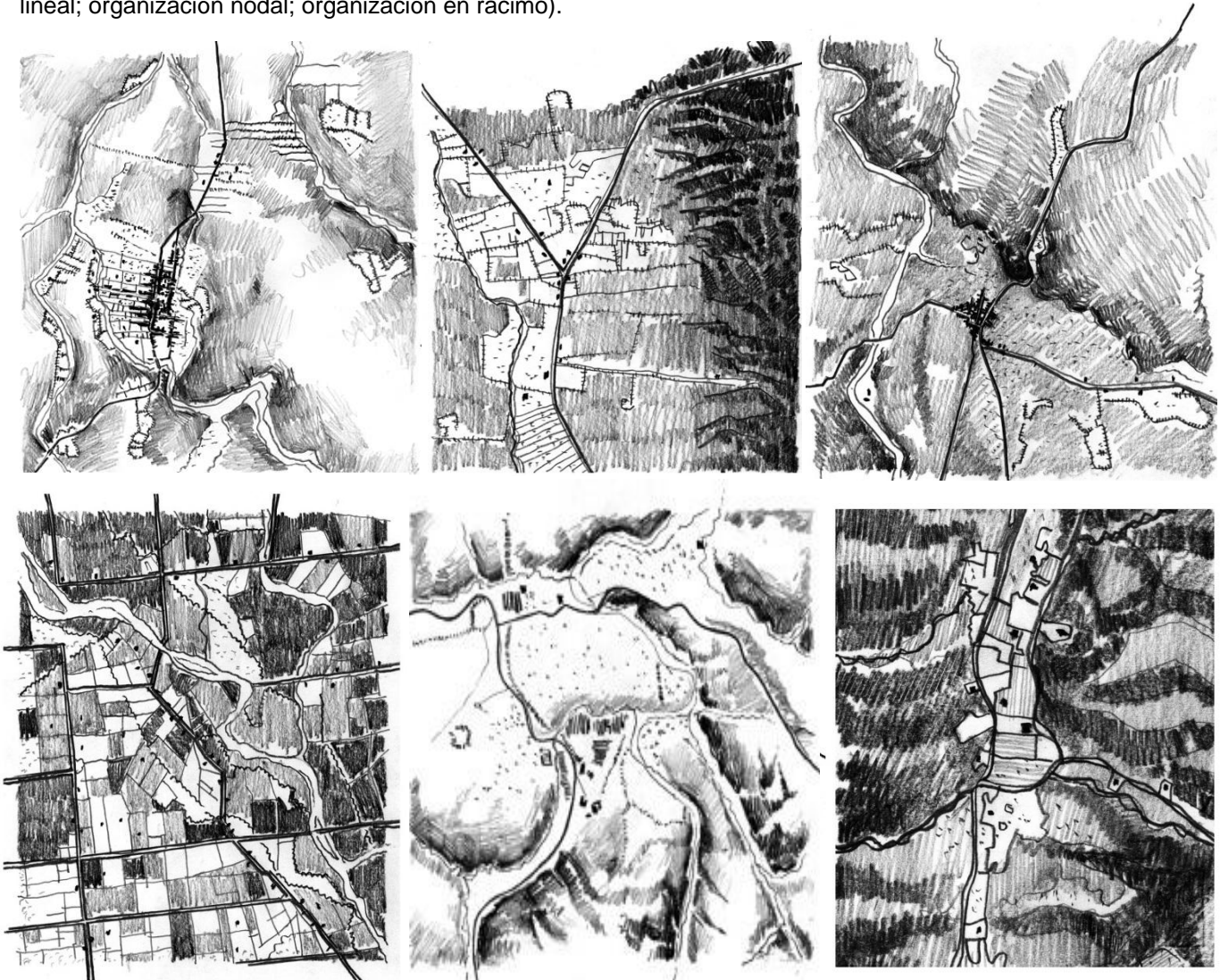
Escala intermedia. Familias de entramados conectivos: arriba, trazas de borde; abajo, entramados geométricos.
 (Carta topográfica IGM, 1972, 1998. Croquis: elaboración propia)

Con relación a la escala intermedia y a la microescala, los componentes territoriales en ellas analizados fueron agrupados en *familias de elementos*, a partir de una cierta "naturaleza" que los emparenta. El objetivo fue facilitar la comprensión de un universo de situaciones de por sí variado y complejo, exponiendo su diversidad tipológica y estableciendo planos posibles de comparación.



Escala intermedia. Familias de asentamientos según su emplazamiento: caso de poblado en escalón topográfico
 (Elaboración propia)

En la escala intermedia, la tipificación de los entramados conectivos se efectuaron a partir de considerar la incidencia del medio natural en su configuración física. Así, las trazas de borde, trazas internas, pasos serranos, trazas rectilíneas y entramados geométricos sintetizan las familias de la estructura viaria regional. Para los asentamientos (poblados y caseríos), las familias se definieron por la relación entre aquellos y el soporte natural, con énfasis en dos aspectos: el emplazamiento o *encaje* territorial (situación de resguardo en enclaves naturales; entre ríos y caminos; ocupación de meandros; en escalones topográficos; en salidas de valles o bocas de sierra) y el tipo urbano según su trazado (cuadrícula hispánica; cuadrícula con presencia del ferrocarril; trazado irregular con intención de orden geométrico; cuadrícula de parcelario rural; organización lineal; organización nodal; organización en racimo).



Escala intermedia. Familias de asentamientos según trazados. Casos varios
(Elaboración propia)

En la microescala, los núcleos productivos fueron agrupados a partir del tipo de producción y su relación con la oferta del paisaje (núcleo ganadero en valles interiores y en pampas de altura; núcleo agrícola tipo estancia o tipo colonia; núcleo minero metalífero o minero de cantera de piedra). Y las subdivisiones rurales fueron agrupadas según su función y envergadura (particiones mayores; deslindes operativos menores). Hayan sido construidas como *pircas*, enramadas o alambradas, su objetivo principal era la estructuración dominial, en un caso, y la organización de la actividad pecuaria y el control del movimiento de la hacienda -trazas lineales y corrales-, en otro.



Microescala. Casos de puesto productivos.
(Croquis del autor)



Microescala. Subdivisiones parcelarias y corrales de pirca y enramada
(Fotos del autor)

Finalmente, el conjunto de registros (croquis, fotografías, cartografías) realizados bajo los procedimientos mencionados, constituye una suerte de *expediente gráfico*, una síntesis operativa de datos de cada elemento analizado, que descompone los procesos históricos y permite visualizar los elementos formales resultantes. En otros términos, se trata de un compendio que reúne una selección lo suficientemente explicativa de la organización material del espacio rural traserrano, puesto a disposición para su aprovechamiento en instancias propositivas o proyectuales, involucrando de manera decisiva la dimensión física del territorio a la hora de repensar su ordenamiento futuro.

4. A MODO DE CIERRE

Es posible que la definición de un paisaje cultural requiera de lecturas intencionadas, encausadas a través del dibujo y una serie de procedimientos que garanticen un conocimiento acabado del territorio. Pero esto se convierte en un imperativo cuando la ausencia o escasez de cartografía y otros tipos de registros pueden constituir un verdadero obstáculo para la investigación y el proyecto. Marc Bloch sostenía que para escribir la historia de un lugar debía acudir al plano catastral, con el parcelario “a la cabeza de nuestras investigaciones”. Esto hubiera sido imposible en nuestro contexto de producción y hubiera obligado a renunciar a las aspiraciones que motivaron el trabajo en cuestión.⁸

Pero ello no constituyó la única limitación inicial. La evidencia de que se estaba frente a un espacio de gran magnitud, diverso y escasamente poblado de habitantes y artefactos se hizo palpable en un punto de la investigación que resultó concluyente: era necesario repensar las formas de abordar el territorio en estudio y discutir los enfoques aplicados. Emergieron así los métodos ya comentados: las escalas de aproximación nos dieron acceso a un extenso territorio y sus componentes, a partir de una serie de recortes espaciales; las capas temporales introdujeron las dinámicas intrínsecas en la construcción del territorio; y las familias de elementos permitieron tipificar y hacer más comprensible el universo material de la región.

En buena medida, aquellas dificultades se fueron resolviendo a partir de aplicar los métodos y recursos descriptos, no ajenos a la disciplina urbanística. Pero nos gusta pensar que las acciones de observar, registrar y analizar -en nuestro caso, a través del dibujo, el redibujo y la construcción cartográfica-, emparentan al urbanista con el etnógrafo que, en palabras de Geertz, “encara una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí (...) que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después” (1992:24).

Nuestras “estructuras” son más bien del orden de lo material. A través de develar sus lógicas, arribamos a un conocimiento detallado del Norte de Traslasierra, sus procesos territoriales y los rasgos particulares de un tipo de ruralidad serrana, para finalmente construir un relato del espacio susceptible de ser consultado y a disposición de aquellos proyectos que imaginen un desarrollo futuro para la región.

BIBLIOGRAFÍA

- CORBOZ, A. (2004). *El territorio como palimpsesto*. En A. RAMOS (edit.) *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (25-34). Barcelona: UPC. [1983].
- CHARTIER, R. (2005). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa. [1982].
- DÍAZ TERRENO, F. (2013). Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación del territorio y modelos de orden en el Norte de Traslasierra, Córdoba, Argentina. *Revista Labor & Engenho (UEC, San Pablo)*, Vol 7, Nº 3, 37-58.
- (2013). *Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación del territorio y modelos de orden. Lecturas interpretativas de la construcción histórica del Norte de Traslasierra, Córdoba, Argentina*. Tesis doctoral leída en la Universidad Politécnica de Cataluña (Barcelona), el 27 de noviembre de 2013. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10803/134508>.
- et al. (1998). *Los poblados históricos del Norte de Traslasierra*. En M. FOGLIA y N. GOYTIA. *Rehabilitación y desarrollo de Poblados Históricos* (115-181). Córdoba: MDU-FAUD-UNC.
- FOGLIA, M. E. (2005). La gestión de los recursos como fundamento de planes de desarrollo de base local: el enfoque regional. *Revista MW (Córdoba)*, 8, 12-16.
- , GOYTIA, N. (1993). *Los poblados históricos del norte cordobés*. Córdoba: Secretaría de Turismo de la Provincia.

⁸ Con relación a la escasa atención prestada a la cartografía catastral, Marc Bloch diría que “escribir la historia de un lugar, sin siquiera haber echado un vistazo a un plano catastral, es privarse, deliberadamente, de un instrumento eficaz por excelencia; sin embargo, ¡cuántas veces no se ha cometido este error! Incluyendo los planos parcelarios a la cabeza de nuestras investigaciones, nos proponemos la reparación de un olvido demasiado largo” (Marc Bloch, “Les plans parcellaires en France”, en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, Nº 1, 1929, citado en González Villaescusa, R. 1996).

- GEERTZ, Clifford (1992). *La Interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa [1973].
- GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (1996). Arqueología del paisaje e historia agraria: algunas cuestiones de método, *Revista de historia medieval (Valencia)*, 7, 223-242.
- GREGOTTI, V. (1972). *El territorio de la arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili [1966].
- MADERUELO, J. (2008). *Maneras de ver el mundo. De la cartografía al paisaje*. En J. MADERUELO, J. (Dir.), Paisaje y territorio (57-82). Madrid: Abada Editores.
- McHARG, I. (2000). *Proyectar con la naturaleza*. Barcelona: Gustavo Gili [1969].
- SABATÉ, J. (2008) *Paisajes culturales y proyecto territorial*. En J. NOGUÉ (ed.). El paisaje en la cultura contemporánea (249-273). Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2006) *De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje*. En R. MATA y A. TARROJA (Coords.) El Paisaje y la gestión del territorio. Criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo (329-342). Barcelona: Diputació.
- y CCRS Arquitectos (1994). *Plan Insular de Ordenación del Territorio (PIOT)*. Avance. Tenerife: Excelentísimo Cabildo Insular de Tenerife.
- , PESOA MARCILLA, M. y NOVICK, A. (2016). Algunos retos en la representación del territorio: el dibujo como instrumento interpretativo, narrativo y de proyecto. *Revista Estudios del Hábitat (UNLP, La Plata)*, Vol 2, 1-18.
- SONTAG, S. (2005) *Contra la interpretación*. Buenos Aires: Alfaguara [1961].